



Monumentos y retratos de

SASKIA JUÁREZ

*o Recuento de un medio siglo de pintura**

MIGUEL COVARRUBIAS

[...] “paisajes”, equilibrios de masas, líneas
y colores gratos al espíritu por algún motivo que sabe Platón.

Alfonso Reyes

Exponer y pintar no es para ser famoso, es para ser feliz.

Saskia Juárez

■
Recuento, es decir, *arqueo, inventario, enumeración, cuenta, cálculo, cómputo, balance, control, comprobación*. Saskia elige una respuesta acorde con su talante tranquilo frente a la inquietud que le provoca el largo transcurrir de su medio siglo sometido a la pintura y demás zonas aledañas. Porque su arte no se entregó a sonoras fantasmagorías, ni lo hará según colegimos mirando su producción más reciente, podríamos acomodarlo entre uno de los ejemplos más acabados de *fidelidad y transfiguración de la realidad*, entendida ésta como la presencia de hombres y montañas en el noreste de México. Dicho de otro modo, humanos y minerales se unen o marginan gracias al temperamento y al ojo selectivo de la artista plástica que conocemos bajo el nombre de Saskia Juárez.

*Palabras leídas con motivo de la inauguración de la exposición “Recuento... 50 años de pintura”, de Saskia Juárez, en la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, el 22 de mayo de 2008.

Saskia es pues una pintora figurativa en tiempos de abstracciones, solipsismos y raspaduras inflingidas a la tela sujeta por un bastidor de clavos fuertes. Pero no, no es así. El bastidor de clavos fuertes no puede ser mal rayado o maldecido por impacientes, por improvisados. Nació para admitir la obra sosegada —sólida, sapiente— de la pintora que nunca olvida el *abecé* que le inculcaron sus mayores. De allí el grabado, el modelado, el dibujo, la acuarela, la escultura, el óleo y demás. De allí la minuciosidad y la paciencia, la línea, la sombra, el color, el esfumado, el volumen, la composición y demás. De allí la sequedad y el verdor, los muros a punto de caer, las soledades amasadas con lejanías de atardeceres inmunes a la luz estridente de la gran metrópoli. Por eso con Saskia regresamos a nuestros orígenes de calzón de manta y trenzas de ceniza y vivísimos colores.

Los pueblos de nuestra región, disminuidos hasta configurar apenas caseríos adornados por la cal y los verdes rotundos o por los azules que amparan una trompeta. Es que así son esas fachadas: gritonas para que mejor puedan conservar en sus interiores el murmullo de la comunión parsimoniosa de sus hombres y mujeres, de sus retoños. Éstos pueden compartir el primer plano con los ramajes secos, mientras al centro se asientan las casonas de rigor, debidamente apuntaladas atrás por árboles muy altos. Tan altos que compiten, merced a la ubicación del espectador, con un cerro o una montaña. Finalmente, en todo lo alto, un tenue azul celeste.

En una de las más recientes interpretaciones de García (Nuevo León), Saskia nos entrega una calle sombreada, muy sombreada, casi un pasadizo que se nos antoja desembocar en una montaña de pliegues cercanos a la inverosimilitud. Montaña echada hacia atrás, árboles que acompañan al corredor o pasadizo, sombras que aminoran la brillantez del día, todo eso nos invita a correr la aventura. ¿Toparemos al doblar esa rúa con las piedras milenarias? O, ante nuestra irrupción, ¿la magnificencia se desvanecerá dejándonos en la inopia de una vida sin aliciente por haber gastado ya toda nuestra pólvora en infiernitos?

Me parece que cometemos un serio error cuando igualamos los paisajes de Saskia con una reproducción fotográfica de nuestra región. Por la vía del menor esfuerzo, tendemos a ver en lugar de

un par de ojos a una máquina que todo lo transcribe visualmente. Una cámara *siempre fiel*. Pero no. Saskia no es *una cámara siempre fiel*. Saskia no *transcribe* servilmente. Saskia *transfigura*. ¿Cómo lo hace? Si nos basamos en un cuadro dedicado al Cerro de la Silla, notaremos, una vez más, el suave doblaje del icono tradicional de la ciudad capital: los pliegues del cerro se suavizan y multiplican. Además, parece inclinarse hacia atrás mientras las construcciones las contamos con los dedos de una mano. ¡Maravilloso! Incrédulos, nos quedamos observando una joya montañosa anterior a la aparición de los adalides del progreso arrasador. Los engullidores de cemento y arena son, en el retrato del Cerro de la Silla según Saskia Juárez, verdaderamente nonatos.

En resumidas cuentas, la pintora suaviza la montaña y la vuelve perdurable en un pasado que ella ha sabido construir. Por eso sostenemos que Saskia, dominante y dominadora de *sus* —de *nuestros*— mayores monumentos naturales, no copia, no obedece. Saskia, como quien no quiere la cosa, sin alzar apenas la voz, comete una transgresión artística.

II

Comentario aparte merecen unas cuantas obras híbridas que Saskia ensayó hace más de una década. Se trata de esos monumentales paisajes que la artista plástica en su carácter de dibujante ofreciera como airosos estandartes, primero en la Capilla Alfonsina, la Biblioteca Rangel Frías y después en Arte A.C. Nos sedujeron en aquel momento el lápiz o el carboncillo, finos instrumentos que lograron imprimirle a cada risco y a cada matorral su cabal dosis de sombra y luz. La ausencia del color real nos dejó ver algo así como la estructura, el esqueleto vital de la naturaleza norteña. Ahora, en la resequeidad de esas lajas, esos filos, esas piedras que circundan a Rinconada —un ejemplo— comprobamos que el arte saskiano asume el equilibrio entre la radiografía y el agregado. Sí, esta serie de lienzos nos regala un apunte mayor, a la manera de dibujos despleándose con el donaire del *óleo privado de colorido* —magro pero selectivo y sin disminución artística que añorara el vitalismo.

III

Acabo de leer en un escritor ibérico, Vila-Matas, una observación que me conectó con el retrato de Ruth, la hija mayor de nuestra pintora. Dice este autor lo



LA PINTORA SUAVIZA LA MONTAÑA Y LA VUELVE PERDURABLE EN UN PASADO QUE ELLA HA SABIDO CONSTRUIR

siguiente: “un cuadro profético, *Políptico de San Vicente*, pintura con seis paneles que, aparte de encerrar el enigma del alma portuguesa, se adelantó en su época a los acontecimientos y anunció los Descubrimientos, es decir, que el cuadro *sabía perfectamente lo que iba a pasar*”. Desconocemos esa pieza, la que pudo “encerrar el enigma del alma portuguesa” y por lo tanto el real peso de la aseveración del escritor referido. Por lo pronto, el asunto no nos quita el sueño; lo que nos subyuga descansa en la inesperada confesión: “el cuadro *sabía perfectamente lo que iba a pasar*”.

Y bien, en el retrato producido por Saskia sucede algo por el estilo. Aunque haber hollado el rastro de ambas —pintora y modelo— podría invalidarnos

como *profetas a toro pasado*. Hacemos caso omiso de la aparente sinrazón porque “quién puede presumir de *conocer* realmente a nadie”. Al fin de cuentas somos testigos de fortalezas y vulnerabilidades contenidas en la jovencísima Ruth fijada en el lienzo.

Y si nos pareciera que nuestra artista utilizó el molde inherente a cualquier ser humano por el solo hecho de ser eso, humano, recaemos en esta otra dualidad: madre y pintora. La madre que nunca dejó de estrenarse como madre y la pintora que nunca abjuró de su talento nos están diciendo con esta obra notable que sí es posible adelantar el reloj de la historia y de la vida cuando un espíritu alerta toma las riendas que Nadie dejó en sus manos 🌸